

## A propósito de Louis Auguste Blanqui, *La eternidad por los astros*, Buenos Aires, Colihue, 2002

### Blanqui: revolucionario y astronauta

La edición de *La eternidad por los astros* — en la *Colección Puñaladas* dirigida por Horacio González — es de esos libros que se da para leer con muchos otros. Y no lo aparenta, tan chiquito es. Diría que aceptando su juego fatal se termina con pilas de libros a los cuatros costados, incluidos los del estante inalcanzable.

Ya el prefacio de Jacques Rancière conduce a Nietzsche y a Fourier, al eterno retorno y a la utopía de la atracción. El epílogo de Miguel Abensour y Valentin Pelosse transita por Marx, Benjamin y el Blanqui político más frecuente. Al final, Christian Ferrer presenta la lectura argentina y terminamos releendo el jardín de los senderos borgeanos que se bifurcan por enésima vez. Más la yapa de la traducción de los apuntes benjaminianos que son todo un mapa en sí mismos. En el medio, el manuscrito más excéntrico y el más incómodo para el blanquismo.

¿Qué escribe un revolucionario en prisión? ¿Manifiestos, cuadernos, mensajes cifrados, cartas familiares? Blanqui, el más encerrado de todos los revolucionarios del siglo XIX, escribe una audaz hipótesis astronómica. No es tan descabellado como parece, después de todo, revolución es un término muy propio de las ciencias del espacio. En su origen describía el recorrido de un astro sobre su órbita y refería más a un movimiento cíclico que a un exabrupto. Pero en contra de ese canon celestial que concibe un universo ordenado y armónico, Blanqui encuentra conflagraciones, choques meteóricos, cometas nihilistas, resurrecciones y estragos menores. En el espacio habrá, sí, revoluciones orbitales pero hay, también, revoluciones permanentes. ¿Que no las hemos visto? Es cierto, se defiende, pero si apenas somos espectadores de unos breves seis mil años contando a los antiguos. Un numerito contra la eternidad y, es más, tampoco tenemos ubicación preferencial en este teatro, nos dice, o acaso creen que el sistema solar es el centro del universo tal como predica la más positivista de las cosmologías. “El universo es una esfera cuyo centro está en todas partes y su superficie en ninguna”.

Es decir, no sólo debimos aprender que los cuerpos celestes no giran alrededor de la Tierra, que evolucionamos como cualquier ser vivo del planeta y que estamos íntimamente gobernados por lo inconsciente, sino que tampoco el módico sistema planetario que habitamos es el centro de nada. Escuchad *hombres del siglo XIX*, la hipótesis radical que revoluciona el firmamento. A saber: el tiempo y el espacio son infinitos. La naturaleza es como una artista obligada a combinar unos pocos elementos simples. Esas posibilidades son finitas así que recurrirá a la copia cuando sea necesario, resultado de lo cual habrá repeticiones. No es para criticar, se adelanta Blanqui, Haussman tuvo los mismos materiales e hizo de París una monotonía. Por culpa del arquitecto maldito, del paisaje parisino y del aburrimiento, aquí se puede perfectamente ceder a la tentación de **Las flores del mal** y descubrir, como apunta Benjamin, a un Baudelaire cósmico: “¡El Cielo! Tapa negra de esa enorme olla/ donde hierve la Humanidad imperceptible y vasta”.

Sin embargo, la parte más fantástica de la hipótesis astronómica es menos sombría ya que, si bien existen múltiples Tierras con sus idénticos territorios, estarán pobladas por múltiples humanidades puestas por azar ante múltiples bifurcaciones que las llevarán por caminos diversos. Aunque, si han sido buenas o malas elecciones, nunca podremos saberlo porque esos sosías vestidos con los mismos trajes y sometidos a destinos semejantes están trágicamente comunicados. Millares de Blanqui habrán claudicado mientras el que escribe contesta a los interrogatorios policiales con impecable integridad y elige todas las veces la senda de la insurrección. Los sosías “no son en lo más mínimo fantasmas sino actualidad eternizada. He aquí un gran defecto: no hay progreso”.

Imparable ahora la inquietud de repasar las tesis sobre la historia, aquellas donde Benjamin revisa esa muletilla moderna de la evolución y la perfectibilidad. El optimismo del burgués triunfante, la soberbia tecnológica con todas sus exposiciones universales y sus cinematógrafos adquiere un tono ridículo contra el tiempo infinito para el que no hay cifras. El viaje en ferrocarril a la estrella más cercana nos llevaría 250 millones de años, ejemplifica Blanqui. Bien vale nuestro desorden en la biblioteca para ver iluminadas las opacas formulaciones mesiánicas con esta otra

temporalidad. “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino aquel plétórico de tiempo-ahora. (...) El tiempo-ahora que, como modelo del [tiempo] mesiánico, resume en descomunal abreviatura la historia de toda la humanidad, coincide rigurosamente con aquella figura que hace la historia de la humanidad en el universo.”

Deslumbrado ante el hallazgo, Benjamin reniega del olvido procurado por los adeptos. Las ediciones póstumas también suelen ser una forma de traición. Recordemos, al menos, la demora del joven Marx o el sonrojo de Considerant frente a los cuadernos amorosos de Fourier para entender a los blanquistas perplejos por el dislate del maestro. Claro que se pudo disculpar el extravío y quizás la locura del constante presidiario leyendo el librito como una variante del escape. Parece que las hermanas también lo desestimaron, pero una de ellas recibió una trágica reprimenda: “Lo dejaste allí diez días sin mirarlo. Yo no dormía”. Temían quizás el mal juicio que se aprovechase de los pasajes sobre las pelucas vagabundas o de aquellos en los que se discurre sobre el estado civil del infinito y el apareamiento fogoso de los planetas. Blanqui lo sabe y aclara sin dar nombres que “no se trata en lo más mínimo de anti-leones, de anti-tigres, ni de ojos en la espalda; se trata de matemáticas y de hechos positivos”. Esas delirantes profecías fourieristas erraban por el mundo generando tanta condena como risa, recuérdese a Sarmiento citando, justamente, aquel fragmento insólito sobre las bestias serviciales que aparecerían tras una renovación planetaria. Pero detengamos esta deriva caprichosa para volver a los errantes cometes que tanto parecían complicar a utopistas y revolucionarios. No había explicación científica para su vagabundeo por más análisis espectral que se aplicara. ¿Burlaban la atracción? ¿Desconocían en su ligereza la ley de gravedad? “Son verdaderas pesadillas científicas”, advierte el cautivo, porque no hay palabras para conjurar el enigma. Sin embargo, la poética de Blanqui atenúa la desesperanza de un lenguaje que flaquea ante el infinito recurriendo a las combinaciones más disparatadas en las que perihelio y eclíptica conviven alegremente con toda la peluquería de los cometas y las comidillas de las nupcias estelares.

Es comprensible que las voces corrientes no pudieran acompañar la jugada. Mu-

cho se ha insistido en la vocación irreductible de Blanqui y ha perdurado su ve-ta más intransigente, sin embargo, este escrito lo revela como un hombre capaz de apostar por otra vía. En este caso la de cambiar violentamente la perspectiva con la cual ha venido observando y protagonizando la historia que lo incluye. Es una movida osada y casi inexpresable, por eso se queja de la mezquina lengua disponible: "Aquí, entramos de lleno en la oscuridad del lenguaje, porque aquí se abre la cuestión oscura. No se manosea el infinito con la palabra". Esas tinieblas sólo lo hacen más precavido —"¡Oh! Por ejemplo, ¡alto ahí! Es preciso detener las palabras al paso para verificar su contenido"—, pero no le impiden legarnos su "atrevimiento ligeramente fantástico". En su resuelta epistemología pregunta "¿Y por qué no?", cuando carece de pruebas para arriesgar que así como conocemos este sol podemos imaginar varios otros con sus Venus y sus Mercurios. Vanidad de dudar de su existencia sólo porque no se han visto con nuestros magníficos telescopios desde esta minúscula "provincia celeste".

Tal como anuncia el prefacio, otra casilla ineludible de este juego es Nietzsche. El eterno retorno tendría un precedente francés algo alucinado. Numerosas, además, son las metáforas nietzscheanas sobre el firmamento y en sus diatribas contra la vanidad humana nada le es mejor para combatirla que la escala sideral: "¿Por qué un pequeño planeta y una miserable especie animal de ese planeta iban a constituir una excepción en medio de ese espectáculo eterno? Dejemos a un lado estos sentimentalismos" (**Aurora**).

También cuando denuncia la falacia de la verdad es la escena del universo la que se vuelve eficaz para mostrarnos la ingenua suficiencia con que conocemos y creemos: "En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la Historia Universal: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto" (**Sobre verdad y mentira en sentido extramoral**). Nótese las coincidencias con Blanqui, a quien no habría leído, en eso del apartado rincón y en que hubo una vez un astro como cualquier otro. Hasta una mosca, nos provoca, "se siente el centro volante de este mundo". Y ya que me perdí en el placer de la cita, sorprendámonos al recio filósofo en los cándi-

dos versos enviados a su querida Salomé: "Sobre nosotros brilla estrella junto a estrella/ y a nuestro alrededor ruge la eternidad".

Alrededor de la fortaleza que guardaba a Blanqui, el proletariado resistía y ensayaba su Comuna. Indispensable se hace revolver en busca de la crónica caliente de Marx para que nos vuelva a contar que se intentaba cambiar al arzobispo rehén de las barricadas por el viejo líder condenado. París era la muerte y la fiesta; para comprobarlo recórranse nuevamente esas calles que nos describe Marx en uno de sus momentos más utópicos: "Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase". Sin poder ver ni el entusiasmo ni la masacre, el veterano prisionero de todos los regímenes franceses escribe mientras tanto la más hermosa de las hipótesis astrales. Extraña forma de la utopía que, en vez de pergeñar una ciudad ideal, multiplica infinitamente el planeta con todas sus barbaridades. "Que no se proteste en lo más mínimo contra esos globos que caen de la pluma por miles de millones". Porque en alguno de ellos, y nada impide que sea en éste, se tomará un atajo novedoso. "Sólo el capítulo de las bifurcaciones permanece abierto a la esperanza". A punto de perdernos en las obras completas de Borges, volvamos al Blanqui exasperado de "Las instrucciones para una toma de armas" que grita *Ni Dieu ni Maître*. Es junto a esos otros textos que la revolución en su versión astronómica cobra una importancia trascendente: la de elegir millares de veces la ruta de la liberación.

**Laura Fernández Cordero**  
UBA / CeDInCI

---

*A propósito de Sarlo, Beatriz. La pasión y la excepción. Buenos Aires, Siglo XXI, Colección Metamorfosis, 2003.*

**Un año con nombre de época**

**La pasión y la excepción** de Beatriz Sarlo gira alrededor de un año, 1970, y posee

tres ejes narrativos habitados por la excepción: un hecho de la vanguardia política, una mujer política, los textos de un escritor. Montoneros y la operación Aramburu, Evita y su cuerpo, Borges y sus cuentos.

El libro tiene tres partes más una: "Belleza", "Venganza" y "Pasiones", y una suerte de glosario de términos y categorías utilizadas a lo largo del trabajo, "Hipotextos". No está de más ponderar, aunque conocida, la solvencia y la destreza de Beatriz Sarlo, ensayista, crítica y docente de larga trayectoria, que no necesitaba de esta obra para validar su extraordinaria labor en el pensamiento contemporáneo argentino. Sin embargo, da la impresión de que Sarlo pone aquí algo más en juego, y cuando se dice en juego hablamos de jugarse.

Los tres ejes aparecen separados y entrelazados a la vez y, aunque una primera mirada desconfié de la espesura argumental de una ligazón entre Evita y Borges por un lado y Montoneros por otro, con el correr de las páginas se termina descubriendo que la justificación de Montoneros en la tríada es, en verdad, realmente fuerte. Para decirlo de otro modo: el núcleo de este libro es la narración de la historia de la irrupción de Montoneros en la vida política (en sentido amplio, puesto que incluye la "violencia política"), la cual se realiza de modo descarnado, hipercrítico, sin eufemismos. Sarlo emprende la crítica más radical de la organización guerrillera más compleja de la Argentina contemporánea. Arriesguemos: Sarlo escribe su **Facundo** y, aunque no lo escriba con las mismas palabras, dice: *sombra terrible de Montoneros vengo a evocarte*, y todo lo demás.

La primera parte es la Evita de Sarlo. Hubo varias Evitas: la de Walsh, el musical inglés, la de Copi, la de Perlongher, la de Tomás Eloy Martínez, la de Feinmann. Antes que un "No flores por mi Argentina" hubo un **La razón de mi vida**, hubo "mis grasitas", "mis queridos descamisados", hubo un amor descomunal por los pobres de esta patria. Sarlo hace con Evita lo que podría esperarse de su talla, y tal vez sea, en términos que van de la literatura a la sociología de la moda y de la filosofía política a la biografía, lo mejor del libro. La Evita de Sarlo es una Evita examinada con la lupa de alguien que parece haber esperado una vida entera para escribirla. Una Evita que se cruza con una Sarlo preparada, lista. La Evita de Sarlo termina cuando el cuerpo político de la heroína del justicialismo, en